

Leyra

Pablo
De Santis

loqueleo

Primera parte

La esgrima sutil

Lo único que Leyra recordaba de su madre era que después de la cena tallaba cabezas de lobos en cáscara de naranja y que le cepillaba el pelo negro con un cepillo de plata, hasta que saltaban chispas.

—Esas son tus ideas que tratan de escapar —le decía su madre antes de dormir.

Leyra tenía cinco años cuando su madre murió. A su padre no lo había conocido. Su padre no había dejado a su paso nada, ni siquiera eso que aún la gente que se iba y se llevaba todo solía dejar: el nombre.

La había criado su abuela, Vera, que le había enseñado a dibujar, hasta que se dio cuenta de que la niña aprendía todo sola, como si en sueños la visitaran profesores misteriosos para darle lecciones de perspectiva y de luz. Dibujaba cualquier cosa que había a mano: un caballo pastando, un zapato de hombre tirado en la vereda, un molino de viento. Y cardos, cardos, cardos, como los que rodeaban la casa donde vivían, al sur del pueblo. También copiaba dibujos de viejas ediciones de las novelas de Julio Verne. De vez en cuando los coloreaba. Usaba

solo tres colores: azul, rojo, amarillo.

Una tarde de octubre, mientras tomaba un té en la confitería Las dos águilas, Vera Simonides, la abuela de Leyra, se concentró en escuchar lo que decían en una mesa vecina. Una profesora le comentaba a otra que una alumna del colegio Tém-pore había tenido que irse a otro país y que por eso había una vacante.

—Una vacante, ¿escuchaste? —le dijo exaltada Vera.

—Basta, abuela, te van a oír.

12 —Estoy hablando en voz baja.

—Se te oye desde la otra punta de la confitería.

Vera no le hizo caso, y siguió hablando. No le hablaba a Leyra, en realidad pensaba en voz alta. Leyra estaba terminando tercer año, que era el último curso que podía seguirse en el pueblo. Si quería continuar estudiando tenía que irse a alguna ciudad. A menos que entrase en el Instituto Tém-pore. Pero a Leyra no le gustaba la idea.

—Ese colegio parece una cárcel. Las chicas nunca salen, y cuando lo hacen, van en fila, como soldados, con sus capas oscuras...

—Es el mejor colegio de toda la zona. El pueblo todavía no había sido fundado y el Tém-pore ya estaba allí, junto a la fábrica de tintas.

Apenas Vera llegó a su casa se puso a elegir algunos de los dibujos de Leyra para enviarlos al colegio. Se quedó con los cardos. Hubiera querido algo más delicado —una rosa, un lirio— pero los cardos eran tan perfectos que se impusieron. Puso los dibujos en un gran sobre blanco, junto con una carta en la que alababa a Leyra con

desmesura. El colegio estaba a dos kilómetros de la plaza del pueblo. Vera podía llevar el sobre en persona, o mandar a Leyra, pero le pareció que el trámite resultaría más formal si el envío llegaba con sellos y estampillas.

Los días pasaron y no llegaba respuesta. ¿Se habría perdido el envío en el correo? Terminó el año escolar. Leyra aprobó con buenas notas, pero no tenía dónde seguir. Pasó el verano, que fue lluvioso y que trajo inundaciones; llegó la fecha del comienzo de clases. Para entonces Vera había dejado de buscar en el buzón de la casa. Ya había perdido toda esperanza de que Leyra siguiera estudiando. Tendría que encontrar algún trabajo en el pueblo.

A comienzos de abril tuvo una respuesta. Vera abrió el sobre con manos temblorosas. Bajo el monograma del Instituto Témpe había un texto escrito a mano. La caligrafía era tan perfecta que Vera tardó en darse cuenta de que esas letras, ordenadas y azules, además de brillar sobre el papel, tenían un significado: Leyra había sido aceptada. La carta estaba firmada por la directora, Edith Lamarr.

Vera se alegró. Leyra no.

Para presentarse en la escuela Leyra necesitaba un uniforme.

A lo largo de los años Vera había observado la ropa de las alumnas, las pocas veces que las dejaban salir del predio del instituto. De vez en cuando pasaban frente a la puerta de su casa, silenciosas y en fila, como disciplinadas sonámbulas. Le pidió a Leyra un boceto del uniforme, indicando los colores: el vestido tableado de tela negra, con sus grandes botones rojos, la capa de un rojo oscuro, casi morado, con capucha. La capa servía de abrigo y de impermeable. No era una capa, en realidad, porque tenía mangas, pero desde tiempos remotos las alumnas del instituto la habían llamado “la capa”.

Leyra y su abuela fueron a la única modista del pueblo, la señora Vieytes. No solo era modista: también vendía telas, lanas y botones.

La señora Vieytes miró el boceto.

—Un uniforme para el instituto. Eso cuesta mucho dinero.

La modista conocía bien a Vera Simonides. Sabía que era viuda, que cobraba una pequeña pensión por su

marido y daba algunas clases de piano. Su marido, Berto Simonides, había trabajado durante treinta años en la compañía eléctrica, y había muerto al caer desde una torre de alta tensión. Vera apenas ganaba para que ella y Leyra pudieran comer.

—¿Cuánto? —preguntó Vera.

—Cuatrocientos veinticinco...

—Yo solo tengo...

—Cuatrocientos veinticinco solo la tela. Es una tela inglesa.

16

—¿Y no se puede conseguir alguna parecida?

—No, la directora Lamarr es muy estricta. Además hay que agregar la mano de obra, los botones, que son difíciles de conseguir, la capa...

—Entonces no voy a ir —dijo Leyra con entusiasmo. Entre ella y el instituto se alzaba ese feliz obstáculo: el uniforme. Antes le había parecido un uniforme de presidiario. Ahora era un traje mágico, que le impedía llegar a las puertas de la prisión.

—Sí vas a ir —dijo su abuela.

—Sin uniforme no puedo ir...

—Voy a llevar otra tela parecida, y yo misma voy a coserlo... Tengo unos moldes, en una revista.

La señora Vieytes golpeó con delicadeza la madera del mostrador, como si fuera el martillo de un juez que exige silencio para dar su veredicto:

—No la dejarían entrar. Las normas para el uniforme son muy específicas. No es el mundo real, donde todo es más o menos. Ellos tienen reglas estrictas para todo.

Vera abrió su cartera y sacó la carta. Se la mostró a la modista, que se puso los lentes y fingió leer.

—Pero ella fue aceptada —dijo Vera—. Ese fue el paso más difícil. ¡Cientos de chicas de toda la región mandan sus dibujos, y solo a Leyra le respondieron!

—Vámonos, abuela —dijo Leyra. Su abuela parecía a punto de llorar. La escena la avergonzaba. Tomó de la mano a su abuela y trató de llevarla hasta la puerta. Vera se resistía, mientras repetía lo que ya había oído muchas veces: que el instituto era la única escuela a la que podía ir, que todas las otras estaban lejos o eran caras o...

17

La señora Vieytes la interrumpió:

—No se vayan todavía. Puede haber una solución.

—No tenemos más plata —se dijo Leyra, asustada por la posibilidad de algún funesto milagro de último momento.

El milagro, sin embargo, se produjo.

—Tengo un uniforme completo que dejó una alumna para hacer unos arreglos. Nunca lo vino a buscar.

—¿Y no hay peligro de que lo reclame? —preguntó la abuela.

—No, no hay ningún peligro. No sé quién lo dejó, pero hace años que está aquí, desde la época en que mi madre se ocupaba del negocio. Pero lo cuidé bien. Las polillas no entran a mi casa. En cada bolsillo de cada prenda pongo siempre una bolita de naftalina.

—Y esa alumna ¿se fue de la escuela? —preguntó Leyra.

—No sé. Las alumnas ricas tienen dos y hasta tres uniformes. Tal vez se lo olvidó.

La modista fue hasta el fondo del local y apareció con una percha de madera con el uniforme. Olía a naftalina. Se lo tendió a Leyra para que se lo probara.

—Tiene un poco de polvo, pero si lo llevan a la tintorería quedará como nuevo.

18 En el fondo del local había un improvisado probador: dos roperos sostenían un barral del que colgaba una cortina. Leyra se quitó su vestido floreado, lo dejó en una silla y se probó el uniforme. El contacto con la tela le produjo un escalofrío. Se miró en el espejo y luego tomó la capa. A la altura de los hombros se había dibujado una línea de polvo que denunciaba los años pasados en la quietud sepulcral de algún ropero.

Leyra reapareció con cara de fastidio y despeinada.

—Parezco Caperucita Roja.

—Una hermosa Caperucita —dijo la abuela. Le acomodó la capucha de la capa sobre la cabeza. El olor a naftalina se hizo más fuerte y Leyra se quitó la capucha de inmediato.

—Está hecho para vos. Ni el ruedo hay que retocar —dijo la señora Vieytes.

Leyra se miró en el espejo:

—No me gusta este negro de velorio.

—No es negro —dijo la señora Vieytes—. Es gris topo.

—¿Cuál es la diferencia entre negro y gris topo?

—Tal vez no notes la diferencia... pero la señora Lamarr sí la notaría. Además, la capa roja da un toque de vida.

¿Un toque de vida? No sabía si era por la capa, o por el negro, pero Leyra se veía más pálida que de costumbre.

—Este rojo es más claro y más intenso que el de los uniformes actuales, porque esta tela es mejor y ya no se consigue.

—¿Y si la rechazan por esa diferencia de color? —preguntó su abuela.

—No, sigue siendo el uniforme oficial. Solo le faltarían las botas acordonadas, que se venden en la zapatería de... —La señora Vieytes intentó recordar—. Siempre me olvido del nombre de este señor.

Era la zapatería de Salvio. No importaba el nombre, porque en el pueblo había una sola zapatería.

A Vera le alcanzó el dinero que tenía para pagar el vestido, las botas y la tintorería. En pocos días Leyra tenía el uniforme completo.